
B. HACIA UN NUEVO ORDEN

ECONÓMICO Y POLÍTICO

UN PERÍODO DE TRANSICIÓN: 1825/1850

Hacia 1825, casi todos los pueblos de América latina iniciaron su vida independiente de las antiguas autoridades coloniales. En la mayoría de los países americanos se había declarado formalmente la independencia y habían sido derrotadas las tropas realistas. Se inició entonces un complejo *período de transición* del viejo *orden colonial* hacia uno nuevo orden, al que llamaremos *neocolonial*.

Este período de transición se extendió hasta mediados del siglo XIX, aunque los cambios no se produjeron exactamente al mismo tiempo en todos los países de América.

Una característica de esas décadas fue que América se fragmentó desde el punto de vista político en muchos países, y se perdió el ideal de unidad americana al que aspiraban muchos de quienes lucharon por la independencia. Sin embargo, y a pesar de estas divisiones, hubo en ese período aspectos comunes a toda la región.

En el plano económico, todos los mercados americanos se abrieron plenamente al comercio extranjero. De este modo, se fueron incorporando a la economía-mundo capitalista, en la que Gran Bretaña era el centro y los países de América latina su periferia.

En el plano social, se consolidó el predominio de los grupos de grandes comerciantes urbanos, que controlaban la relación comercial con Gran Bretaña y, a su vez, organizaban la circulación de mercancías en las zonas interiores. Los núcleos más poderosos de comerciantes estaban establecidos en los puertos y muchos de ellos estaban asociados a capitalistas ingleses.

En el plano político, el rasgo común más característico fue que en todo el continente —a excepción de Brasil— existieron muchas dificultades para organizar Estados centralizados.

Antonio José de Sucre.
mando de su ejército
en los tramos finales



LAS TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES EN AMÉRICA

La desorganización de la economía colonial americana

A partir de 1810, las guerras por la independencia y las luchas civiles sacudieron a todo el continente. Esta situación de conflicto permanente provocó una gran crisis en la vida económica de las sociedades americanas.

Las necesidades creadas por la guerra llevaron a los gobiernos independientes a buscar diferentes formas de obtener recursos. Una de ellas fue aumentar los impuestos y las contribuciones extraordinarias a los sectores comerciales urbanos. Los más afectados por estos pagos obligatorios fueron los grandes comerciantes peninsulares, quienes por el fuerte sentimiento antiespañol que había en esos años, no pudieron resistirse a contribuir. Las urgencias financieras de la guerra también obligaron a recaudar dinero de los comerciantes criollos. Sólo los comerciantes británicos fueron excluidos de estos pagos, debido a que los gobiernos americanos se cuidaron muy especialmente de mantener una buena relación con Inglaterra.

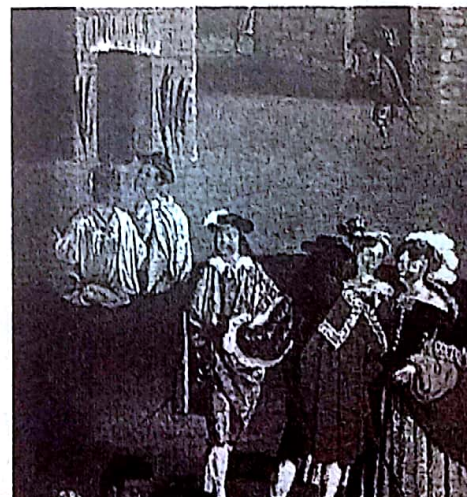
Otra manera de obtener recursos fue la exigencia de entregar ganados y frutos de la tierra a los propietarios rurales. En muchas ocasiones, los ejércitos necesitados de alimento recorrían los campos y directamente los saqueaban.

Las zonas rurales también contribuyeron con sus trabajadores rurales y sus esclavos a aumentar las filas de los ejércitos. Esto acentuó la escasez de mano de obra.

En conjunto, las guerras que se sucedieron luego de 1810 destruyeron gran parte de la riqueza urbana y rural del antiguo dominio colonial español.

Otra consecuencia importante de las guerras fue la desorganización del sistema comercial vigente hasta 1810. Los circuitos comerciales que controlaban los peninsulares y los criollos se destruyeron como consecuencia de la ruina de los comerciantes y de la inseguridad de los caminos ante el peligro creado por las guerras y los saqueos. Si bien las rutas creadas por el comercio español no eran muy ágiles, la guerra separó aún más a las zonas interiores y el continente se fue fragmentando en circuitos económicos que no se vinculaban entre sí.

La pérdida del Alto Perú, por ejemplo, contribuyó a la crisis de la economía del antiguo Virreinato del Río de la Plata. No sólo se perdió una fuente de abastecimiento de plata, sino que también se arruinaron las economías de las regiones que abastecían al centro minero de Potosí, como la de los fabricantes de carretas de Tucumán y los criadores de mulas de Salta.



La apertura al comercio exterior

Impulsados por los intereses de los grupos de comerciantes —mayoritariamente establecidos en los puertos— que participaron de la formación de los nuevos gobiernos independientes, los países de América latina levantaron toda restricción al comercio con el exterior. Desde entonces, las producciones y los pequeños comerciantes locales enfrentaron sin ninguna protección la competencia de los comerciantes y las producciones extranjeras, fundamentalmente inglesas. El libre comercio liquidó todas las barreras monopólicas impuestas por los españoles. Un puerto —Liverpool— reemplazó a Cadiz como metrópoli comercial.

El libre comercio favoreció la entrada masiva de productos británicos, especialmente textiles producidos a bajo costo gracias a su pujante industria mecanizada.

Las guerras y el libre comercio arruinaron a las modestas producciones artesanales.

La larga espera

A partir de 1825, concluido el período de guerras de independencia y con una legislación librecambista, los sectores dirigentes de los países americanos aguardaban la inmediata llegada de capitales europeos. Confiaban en que los ingleses, especialmente, invertirían en una América que se abría con expectativa hacia el mundo industrializado europeo.

Sin embargo, los capitalistas ingleses, en ese momento, no estaban en condiciones de invertir en América latina. Su prioridad era expandir la red ferroviaria en Europa y Estados Unidos. El mercado latinoamericano sólo les interesaba para colocar el excedente de su producción industrial.

Esta situación —a la que el historiador argentino Tulio Halperín Donghi llamó la *larga espera*—, se prolongó hasta 1850, aproximadamente. Recién entonces, los capitalistas ingleses tuvieron capacidad para invertir y decidieron hacerlo porque percibieron que muchos países americanos les ofrecían orden y estabilidad para sus negocios.

En este nuevo contexto económico, América latina comenzaba a superar la transición post-independentista y se incorporaba a un nuevo orden económico mundial.

ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN EL RÍO DE LA PLATA

El libre comercio y las economías regionales

La liberalización del comercio no tuvo el mismo impacto en todo el territorio del antiguo Virreinato. Poco a poco se fueron diferenciando tres regiones económicas, según las posibilidades que tenían sus producciones de colocarse en el mercado internacional liderado por Inglaterra.

Buenos Aires

La liberalización del comercio favoreció a Buenos Aires, como ciudad y provincia dueña del puerto. Los gobiernos de Buenos Aires eran los que fijaban los aranceles que debían pagar los productos que entraban y salían por el puerto. Y los aranceles pagados eran las rentas de la aduana de Buenos Aires de las que disponían directamente los gobiernos porteños. Como dueña de la puerta que abría el país al mercado mundial, Buenos Aires fijó unos aranceles que beneficiaban a los ganaderos de su campaña (zona rural). Desde 1825, los ganaderos de Buenos Aires se convirtieron en los principales exportadores de cuero y de carne salada o *tasajo*. Los derechos de exportación que debían pagar los cueros, sebos y tasajos se redujeron al mínimo; y también se redujeron los de las materias primas indispensables para el procesamiento de la carne, especialmente el de la sal.

El cambio más importante en la organización económica de la campaña bonaerense fue, a partir de 1820, la instalación de *saladeros*, cuya producción se orientaba a la exportación. Los saladeros eran establecimientos en los que se procesaba el ganado vacuno para obtener carne salada, muy requerida por los comerciantes europeos para alimentar a sus esclavos de las plantaciones de Brasil y Cuba. También se preparaban los cueros para exportar a Inglaterra y Francia y se procesaban los huesos y el sebo para obtener grasa.

Los beneficios económicos que producía la exportación de derivados del ganado vacuno impulsaron la *expansión de la frontera* de los territorios de la provincia. Los gobiernos de Buenos Aires emprendieron campañas militares para expulsar hacia el sur a los indígenas que habitaban las tierras codiciadas por los exportadores de ganado. Las tierras conquistadas eran consideradas propiedad del gobierno pero luego éste las entregaba a particulares, a través del arriendo o la venta. A partir de 1830, antiguos hacendados, dirigentes políticos y militares, y los ricos comerciantes de la provincia de Buenos Aires, formaron el núcleo del grupo terrateniente bonaerense que tuvo cada vez mayor poder económico, político y social. La ciudad de Buenos Aires y su campaña se convirtieron en el centro económico del país.

El Litoral

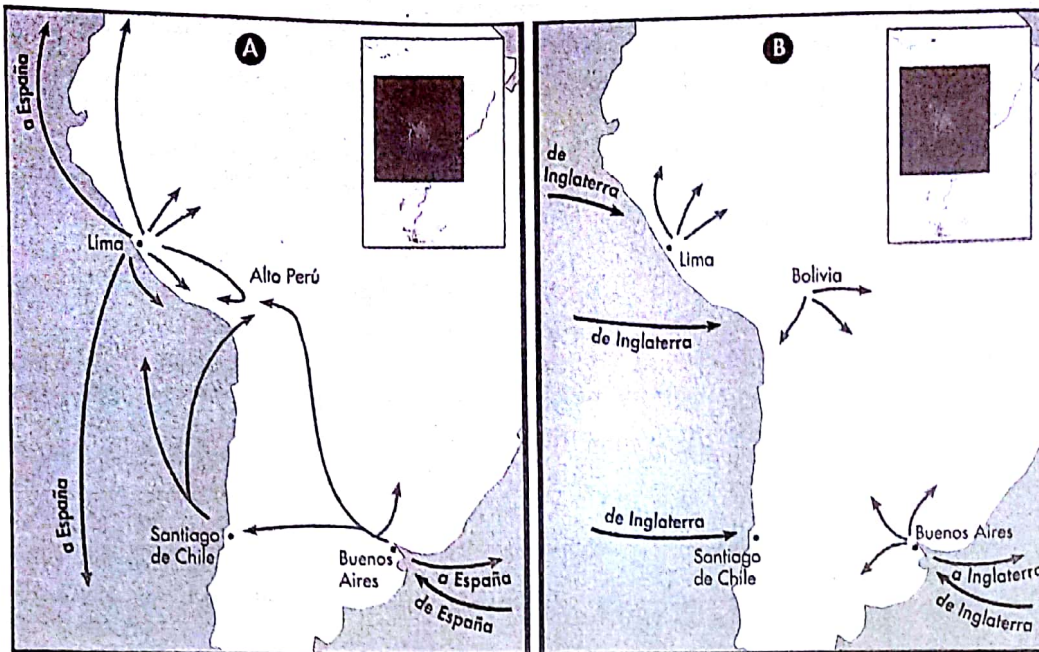
Las guerras de la Revolución destruyeron en pocos años la producción ganadera del Litoral —especialmente la de Entre Ríos, el sur de Santa Fe y la Banda Oriental—, que había sido la región productiva más importante entre 1750 y 1800. Pero el conflicto entre el Litoral y Buenos Aires no se originaba por cuánto ganado producía cada una, sino por las posibilidades diferentes que cada región tenía para venderlo en el mercado internacional.

Buenos Aires exigía un pago adicional a los buques extranjeros que, desde su puerto, remontaban los ríos interiores. Y los productos ganaderos del Litoral debían pagar los aranceles de exportación que exigía la Aduana de Buenos Aires. Las provincias litorales que tenían costas sobre los ríos Paraná y Uruguay, y también la Banda Oriental, se dispusieron a competir con el puerto de Buenos Aires.

Entre 1815 y 1820, Artigas abrió al comercio internacional los puertos de Maldonado y de Colonia, sobre el río de la Plata. Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, que formaban la *Liga de los Pueblos Libres* —liderada por Artigas— dejaron de utilizar el puerto de Buenos Aires para exportar. Artigas estableció en esos dos puertos aranceles más bajos que los de Buenos Aires para atraer al comercio extranjero. El cierre de los ríos Paraná y Uruguay disminuyó el tráfico por el puerto porteño y las rentas de su aduana.

Desde entonces, la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay fue el eje del conflicto entre el Litoral y Buenos Aires.





En el mapa A se pueden observar los circuitos comerciales anteriores a 1810. En el mapa B, su reorganización luego del fin de las guerras de independencia.

El interior

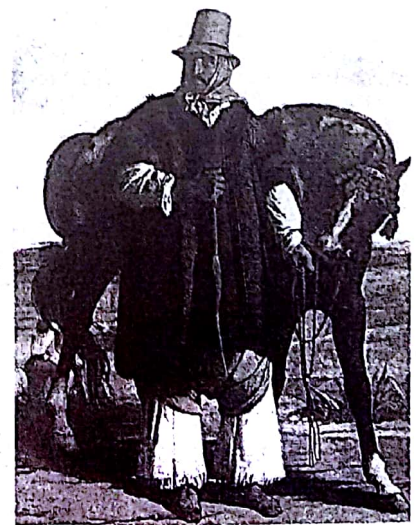
Durante el desarrollo de las guerras de la revolución, las provincias interiores quedaron aisladas. Este aislamiento les impidió cumplir su función de intermediarias en el comercio y en el transporte entre Buenos Aires y los importantes mercados de Chile y el Alto Perú.

Cuando en la década de 1820 finalizó el aislamiento producido por las guerras, comenzó a hacerse evidente que la Independencia había transformado también la organización económica de otras zonas de la América española. Chile, a través de Valparaíso —el puerto más importante del Pacífico—, se había convertido como Buenos Aires en un centro de libre comercio en el que predominaban los productos ingleses. La región del Alto Perú se había separado del ex Virreinato del Río de la Plata y se había transformado en la república de Bolivia, que se abastecía por el Pacífico. Ni Chile ni Bolivia necesitaban ya los productos ultramarinos que llegaban desde Buenos Aires.

Por estas razones, después de la guerra, el interior ya no cumplió la función de intermediario en la circulación comercial de productos europeos. Chile y Bolivia se convirtieron, en cambio, en los centros abastecedores de las provincias interiores más próximas a sus territorios. Las diferentes regiones de las Provincias Unidas —el Norte, el interior mediterráneo con centro en Córdoba, y Cuyo— comenzaron entonces a reorganizar sus producciones agrícolas, ganaderas y artesanales que eran demandadas en el intercambio con los nuevos centros de comercio ultramarino.

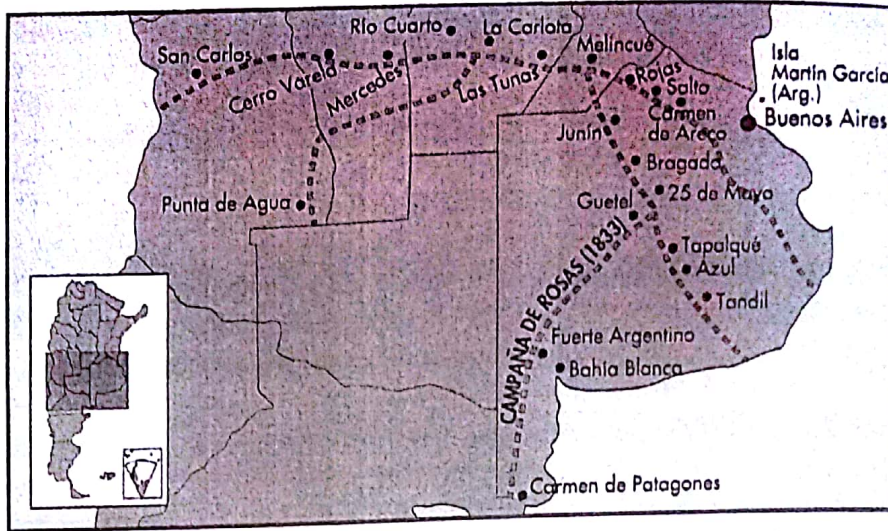
A pesar del liberalismo económico, algunas industrias del interior se mantuvieron por algunas décadas. La producción de telas de algodón no soportó la competencia inglesa. En cambio, los paños de lana ingleses eran caros y de mala calidad. Por esto, la producción local de telas de lana continuó y abasteció incluso el mercado litoral.

En las zonas rurales, eran los *gauchos* los hombres que realizaban las tareas rurales en las haciendas y en los saladeros. Como no se los contrataba por largos períodos, los gauchos desarrollaron formas de vida seminómadas, alimentándose con carne vacuna. Los propietarios rurales debieron recurrir a la amenaza de encarcelarlos o reclutarlos en el ejército para que no abandonaran sus puestos de trabajo. *Montoneras* fue el nombre que recibieron los grupos de peones rurales que respondían a las órdenes de los caudillos provinciales.



Gaucha rioplatense, según un grabado anónimo de 1794.

La consolidación del poder económico de los terratenientes bonaerenses



Avance de la frontera de Buenos Aires con las tierras en poder de los indígenas, después de la campaña de Rosas al desierto entre 1833 y 1834.

Desde 1828, la llegada de Juan Manuel de Rosas al gobierno de la provincia de Buenos Aires benefició particularmente los intereses económicos de los terratenientes bonaerenses. Los integrantes de este grupo social eran los estancieros ganaderos y saladeristas (exportadores de carne salada para la población esclava de Brasil y de Cuba). Algunos de ellos también fueron importantes comerciantes y los dueños del capital financiero. Ningún otro sector de la sociedad —los agricultores, comerciantes minoristas, artesanos y profesionales bonaerenses— ni ningún grupo económico, social o político de las provincias, concentró tanto poder económico como este grupo social.

Después de 1828, los estancieros —que necesitaban cada vez más mano de obra— no conseguían peones para el trabajo; a la vez los indígenas amenazaban sus propiedades y sus ganados. Durante su gobierno, con severas leyes, decretos y ordenanzas, Rosas continuó la política de asegurar la obediencia de la población rural. Y la *campana al desierto* que Rosas comandó personalmente en 1833 y 1834, tuvo por resultado el avance de la frontera de la provincia de Buenos Aires sobre tierras hasta entonces ocupadas por indígenas. Se alejó la amenaza sobre las propiedades ya existentes y se incorporó una gran cantidad de nuevas tierras que fueron puestas en producción en los años siguientes.

Entre 1829 y 1852, las exportaciones de Buenos Aires aumentaron entre dos y tres veces. Se exportaban cueros, carne salada, sebo y lana. Para estos cuatro productos la demanda fue en aumento durante todo el período y los precios de exportación resultaron altamente beneficiosos en relación con el costo de producción, que era muy bajo. El precio de la tierra, como el pago a los trabajadores era mínimo y las instalaciones fijas y los instrumentos con los que se procesaban y transformaban los productos eran de muy poco valor.

Este grupo social mantenía el control de la producción en sus propiedades, pero la comercialización y el transporte al exterior de los productos estaba a cargo de comerciantes ingleses. En general, el comercio exterior estaba controlado por los extranjeros y el comercio interior por comerciantes locales. Pero así como hubo ingleses que participaban en el comercio interior, hubo un grupo de comerciantes y hacendados porteños vinculados al comercio exterior.

La “gente decente” y la “chusma”

En la sociedad de Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX coexistían el grupo de mayor poder económico y político integrado por los hacendados, comerciantes y militares, y los grupos de trabajadores urbanos integrados por pequeños comerciantes, artesanos, changadores, jornaleros y peones. En el lenguaje de la época, utilizado también por los numerosos viajeros extranjeros que recorrieron el país, era común llamar al primer grupo la “gente decente” y “plebe” o “chusma” al segundo. La Plaza Mayor —la actual plaza de Mayo— era el centro de la vida política, social y religiosa, y con frecuencia se reunían en ella, o en las calles y plazas vecinas, nutridos grupos de habitantes del suburbio. A pocas cuadras de la plaza se ubicaban los barrios de Monserrat, de Lorea o Catalinas. Allí vivían los hombres de color, que compartían con los trabajadores blancos las más diversas ocupaciones: aguateros, carretilleros, vendedores ambulantes, trabajadores de saladeros y barracas. Sin embargo, negros y mulatos predominaban en algunas actividades tales como vendedores de mazamorra o empanadas, escoberos, sirvientes y músicos. Los sectores populares se prolongaban en los alrededores de la ciudad. Allí se encontraban los habitantes de las quintas, los carreteros, arrieros y troperos que conducían animales al matadero, enlazadores y pialadores, o también quienes se ocupaban del abasto de frutas y verduras a la ciudad. En las áreas rurales dominaban los gauchos, antiguos habitantes vagabundos de la campaña.